

QUINTA CONFERENCIA
LA ENSEÑANZA MILITAR EN EL ATENEO
MILITAR DE MADRID (1871-1874)

LA ENSEÑANZA MILITAR EN EL ATENEO MILITAR DE MADRID (1871-1874)

Por Guillermo Calleja Leal*

Antecedentes

El Casino Militar de Barcelona

Desde muy antiguo los militares españoles siempre han sentido un gran interés en reunirse para mejorar su formación; y de ahí la constante presencia de jefes y oficiales en las Sociedades Económicas de Amigos del País, en el siglo XVIII. Además, incluso antes de la propia fundación del Ateneo del Ejército y la Armada, más conocido como Ateneo Militar, hallamos un antecedente efímero y cercano: el Casino Militar de Barcelona.

En la primavera del año 1845, las condiciones de la Ciudad Condal para el establecimiento de un centro cultural militar resultaban inmejorables, gracias al decidido apoyo del capitán general de Cataluña, don Manuel Gutiérrez de la Concha, futuro marqués del Duero, y del general don Ramón María Narváez, el *Espadón de Loja*, a la sazón presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra desde el año anterior, quien ya había dado no pocas muestras de su enorme interés por la ilustración del Ejército.

Al poco tiempo de tomar el mando de la Capitanía General, De la Concha dispuso el establecimiento de unas academias prácticas para su guarnición militar, donde se impartieran clases de Táctica, Ordenanzas Militares, Matemática, Tiro de Pistola, Gimnasia (novedosa en España como deporte) y Escuela de Instrucción Primaria para la tropa. Los resultados satisficieron a De la Concha y así lo comunicó a Isabel II:

“En las Academias de Matemáticas, en las clases de Esgrima y de Gimnástica han acreditado el más laudable celo y un deseo ardiente de aprender y de distinguirse rivalizando la tropa y oficiales con laudable estímulo.”

Animado por el enorme interés que los militares habían mostrado por la instrucción, Concha propuso al Gobierno la creación de un casino militar al que podrían asociarse los oficiales del Ejército y los de la Armada. Tal como figuraba en el *“Reglamento del Casino Militar de Barcelona”*, su propuesta consistía en fundar un Centro:

“donde la comunicación frecuente y modo fraternal del trato de las clases entre sí produjese, sin lastimar en nada los fueros de la subordinación gradual, el comercio y comunicación de ideas que lleva a la instrucción más fácil y rápidamente, que el estudio aislado y las lecturas.”

Por otra parte, los propios Estatutos garantizaban un férreo control por parte de las autoridades militares, al punto de que la Junta Directiva no podía reunirse sin estar presente su presidente, que era el capitán general, o bien un representante suyo.

La Reina autorizó la creación del Casino de Barcelona (25 de julio de 1845) y su ubicación en la planta principal del antiguo convento de la Merced, que entonces iba a ser transformado para acuartelamiento. Tras la rehabilitación del edificio, aquel Centro dispuso de salones comunes, salas de billar y de esgrima, biblioteca y comedores; y además, dos salones exclusivos: el de los generales y el de los jefes.

Pero entre todas aquellas dependencias que De la Concha creía necesarias, centró su atención en la biblioteca, para la que creó un primer fondo básico compuesto con 151 obras, 65 escritas en castellano y las 86 restantes en francés. Entre las primeras se encontraban las escasas obras técnicas escritas por militares españoles, varias de Literatura, Historia General, Historia Militar y Geografía; y también dos tratados de Táctica traducidos de Jomini y Jaquinot. Y entre la colección de libros franceses, la mayoría de ellos trataba sobre las campañas de Napoleón, porque el Ejército francés y las campañas napoleónicas ejercían una poderosa fascinación a los militares ilustrados de aquella época; aunque asimismo había traducciones al francés de algunos tratadistas militares que no eran precisamente franceses, como el mencionado Jomini, Müller y Okoneff.

Pero sucedió que cuando el Casino de Barcelona iba a ser inaugurado, todo aquel magnífico proyecto se vino abajo por el cese del general don Manuel Gutiérrez de la Concha, quien fue relevado en el mando por el general don Manuel Bretón, conde de la Riva y de Picamoixons (24 de agosto de 1846). Entre sus primeras medidas, Bretón dispuso instalar la Capitanía General de Cataluña en el antiguo convento de la Merced y que las salas y salones que habían sido ricamente decorados para el Casino pasaran a ser la vivienda de los capitanes generales.

Por otra parte, el presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra, el general Narváez, accediendo a los ruegos de Bretón, ordenó que la biblioteca del Casino quedara en el Estado Mayor.

Tras este intento fallido del Casino Militar de Barcelona y antes de la *Gloriosa* del 68, algunos militares como Puig y Salazar intentaron crear centros culturales en los que se estimulara el estudio en las clases militares.

La guerra franco-prusiana

y el nacimiento del movimiento intelectual militar español

Unos años más tarde, al inicio de la década de los años setenta, surgió en España un importante movimiento intelectual militar caracterizado por tres actividades: una literatura militar en auge, con una prolífera y valiosa bibliografía de carácter técnico; una extraordinaria prensa periódica militar; y sobre todo, la fundación del Ateneo del Ejército y la Armada. Como veremos después, dicha Institución, más conocida como Ateneo Militar, desarrolló una actividad muy intensa y ejemplar, pese a su corta duración de tres años (1871-1874), porque sentó las bases de un movimiento intelectual militar que englobó la formación profesional castrense y que luego se extendería por toda España en torno a centros sociales que canalizarán las inquietudes profesionales y culturales de una buena parte de la oficialidad.

Los orígenes de este importante movimiento intelectual castrense se remontan al año 1870. Aquel año fue cuando el Ejército de Prusia aplastó al de Francia, cuya resistencia sólo consiguió demorar unas semanas el hundimiento total y la proclamación simbólica del Imperio alemán en Versalles, en enero de 1871, como una institución supranacional europea. Prusia había logrado convertir toda una

constelación de Estados alemanes en una unidad política, un Estado federal de múltiples soberanos bajo la autoridad imperial de Guillermo I.

El Ejército prusiano constituía una formidable maquinaria militar, por su armamento y por su Estado Mayor, de ahí que no es de extrañar que su victoria creara un movimiento de profesionalización militar que se generalizó en Europa. En cuanto a los militares españoles, al relacionarse con los demás ejércitos y sobre todo con los europeos, a través de viajes de instrucción, traducciones de libros y noticias vertidas en la prensa, entendieron que no podían permanecer al margen de los avances militares prusianos.

El Ejército de Prusia se había impuesto en Europa esencialmente por las innovaciones realizadas por su Estado Mayor, tanto en organización como en táctica. Primero había derrotado a Austria (1866) con el genial Helmuth Moltke; y luego humilló a Francia (1870-1871), demostrando su superioridad frente a las viejas tácticas militares napoleónicas y su excelente aprovechamiento de las nuevas tecnologías, como el fusil de aguja, el telégrafo eléctrico y el ferrocarril.

Si bien el Ejército prusiano disponía de un magnífico material bélico, no menos cierto es que su enorme poder se basaba en una instrucción sólida y férrea, (heredera de la de Federico II, *el Rey Sargento*), que le daba una unidad que carecía el francés. Además, sus mandos y oficiales nunca dejaban de estudiar y ensayar reformas para luego llevarlas a la práctica. Así por ejemplo, tras la campaña contra Austria, los prusianos realizaron grandes avances en artillería que provocaron el asombro general, mediante reformas técnicas y tácticas, cuyo estudio condujo a una innovación de gran relevancia: la creación de la artillería de reserva.

Por otra parte, además de los mencionados contactos de nuestros militares con sus colegas de otros países, que les facilitaban informaciones sobre la reciente guerra franco-prusiana, las noticias también llegaban a España a través de las revistas españolas que traducían todo cuanto se publicaba en la prensa extranjera.

Una vez incorporados nuestros jefes y oficiales al pujante movimiento intelectual militar europeo, la redacción de *El Correo Militar* intentó divulgar los adelantos militares experimentados en la guerra franco-prusiana. Por entonces, este influyente diario madrileño había emprendido una campaña de ataques muy duros contra el

Gobierno, acusándolo de mantener una pasividad inaudita a diferencia de los gobiernos de otros países. Entre sus acusaciones figuraban: no haber creado ninguna comisión para el necesario estudio de la guerra; ningún centro oficial había mostrado el menor interés por traducir la extensa bibliografía existente al respecto; y aunque el embajador español en Berlín había ofrecido al Ministerio de la Guerra, a través del de Estado, un catálogo mensual de las publicaciones y memorias técnicas del Ejército alemán, con el fin de que las Direcciones Generales de las distintas Armas solicitaran libros, su iniciativa apenas había despertado interés.

Era cierto, el Ministerio de la Guerra era insensible a esta problemática y su pasmosa pasividad causaba no poca preocupación en el seno del Ejército. Es más, cuando por fin el Estado Mayor mostró en 1872 un cierto interés por la guerra franco-prusiana, nombrando una comisión para traducir la memoria de la contienda titulada *La guerra germano-francesa de 1870-1871*, redactada por la prestigiosa Sección de Historia del Gran Estado Mayor de Prusia, tan sólo se tradujo un único tomo. Aunque, por lo general, la apatía ministerial existente contrastaba con las iniciativas particulares. Aquel mismo año 1872 se publicaron en España dos obras muy importantes: *Los fallos estratégicos de los franceses en la última guerra de Vickedé* y *El arte militar en el siglo XIX* de Wilhelm Rüstow. Ambas fueron traducidas, respectivamente, por dos ateneístas militares ilustres: don Arturo Cotarelo y don Eduardo López Carrafa.

En aquellos turbulentos años del Sexenio Revolucionario (1868-1874) se publicaron en España numerosos libros, artículos de prensa y folletos sobre la abolición de las quintas, tema polémico y escandaloso en extremo que enlazaba con la necesidad de la creación de los ejércitos permanentes y la propia reorganización castrense.

Hubo asimismo algunas obras en las que, ya sea por iniciativa oficial o bien particular, se quiso recoger los avances técnicos de los ejércitos extranjeros. Baste recordar aquí la Comisión formada por jefes y oficiales de la Administración Militar, que a instancias de su director general, don Joaquín Jovellar, realizó un viaje por varios países centroeuropeos (1870), cuyos resultados fueron luego publicados en una memoria titulada *Organización administrativa de varios Ejércitos de Europa comparada con la de España*; y también el viaje de instrucción de don Francisco

Elorza y don Augusto Plasencia, quienes publicaron *Noticias varias sobre la artillería de diferentes naciones* (Madrid, 1871).

Tampoco debemos olvidar varias obras de relevante importancia que reflejan hasta qué punto la capacidad militar del recién instaurado Imperio alemán atrajo poderosamente la atención e impresionó a nuestros militares intelectuales. Podríamos citar las obras de tres insignes ateneístas militares: *Noticias referentes a la organización y fuerza del Ejército de la Confederación de la Alemania del Norte en general y de las tropas de Ingenieros en particular, con un apéndice que trata del nuevo Imperio alemán*, del coronel don Emilio Bernáldez (1871); *La guerra entre Francia y Alemania en 1870-1871*, del capitán de Infantería don Cándido Varona (Madrid, 1871); y *Cartas escritas con motivo de la guerra franco-alemana*, de don Emilio Prieto (Madrid, 1872).

Entre los numerosos estudios técnicos realizados por artilleros, ingenieros y miembros del Estado Mayor, podríamos asimismo citar, entre otros: *Nociones de Artillería*, obra colosal del brigadier don Cándido Barrios (Madrid, 1870-1871, dos tomos); *La guerra y la geología*, del coronel de Ingenieros don Ángel Rodríguez de Quijano y Arroquía (Madrid, 1871), estudio muy interesante traducido al francés y libro de texto en las Escuelas Superiores de París y Turín; y el *Proyecto de organización de una Brigada de telegrafía de campaña*, del capitán de Ingenieros don José de la Fuente.

Digna de mención es la magnífica obra del general don José Almirante, *Guía del oficial de campaña*; y sobre todo, su monumental *Diccionario militar etimológico, histórico y tecnológico* (Madrid, 1869), una de las obras más indispensables de la historiografía militar del siglo XIX y lectura obligada para cualquier estudioso de historia militar.

Almirante gozó de un enorme prestigio como intelectual en su época y su pensamiento es de un enorme interés. Por todo ello, no puede resultarnos extraño el que don Luis Vidart continuamente intentara convencerle para que se hiciera socio del Ateneo Militar de Madrid cuando aún era coronel, dándose además la circunstancia de que ambos compartían la misma idea de que el arte de la guerra debía considerarse como ciencia. Para él, el estudio de la historia militar exigía el

necesario conocimiento de muchos factores, entre otros: las causas que han provocado una guerra, cómo eran los ejércitos y los campos de batalla, las operaciones que han conducido al desenlace de una contienda, etc.; como asimismo el estudio combinado de las distintas Armas. De ahí que arremetiera con dureza contra todos cuantos en su época cultivaban el estudio de la historia militar interesándose sólo por los uniformes, las condecoraciones, los emblemas y el bello romanticismo que desprendían las batallas.

Por último, sólo añadir que el general Almirante se anticipó a su tiempo al intentar llevar la historia militar a los centros en los que se discutía el método científico; e incluso abrigó la idea de impartir un curso de historia militar en la Universidad Central de Madrid, muy similar al que ya existía en algunas prestigiosas universidades extranjeras.

La prensa militar

La prensa militar tuvo un gran desarrollo. Entre sus publicaciones más señeras podrían citarse las siguientes: *El Correo Militar*, antes mencionado; *Revista del Ateneo Militar*; *Las Academias de Regimiento*, revista mensual fundada en el año 1870 por don Serafín Olave, comandante y brillante diputado federalista, y que cerró en el año 1872; *La Fuerza Pública*, diario fundado por el célebre ateneísta militar don Francisco Villamartín, y cuyos años de fundación y cierre fueron los mismos años que el anterior; *El Propagador del Arte Militar*, diario semanal fundado por don Eduardo de Mariátegui, comandante de Ingenieros, que sólo tuvo 18 números en 1872; *Memorial Científico del Ejército y de la Armada*, excelente revista dirigida por el ateneísta militar don Miguel Ángel Espina, de la que por desgracia sólo se publicaron cinco únicos números en 1871; la *Revista Militar Contemporánea*, fundada en 1872 por don Cándido Barrios, artillero de la Armada y ateneísta militar de pro; etc.

Mas no queremos ni podemos extendernos más al tratar el movimiento literario militar español y la prensa militar, porque aquí no es el tema en cuestión. Tan sólo hemos pretendido describir muy someramente el momento en que surge el Ateneo Militar de Madrid, que es el término de la guerra franco-prusiana. Una guerra que influyó de forma decisiva en el movimiento intelectual militar y que guarda una

estrecha relación con la fundación del Ateneo Militar, al que pertenecen o simpatizan todos sus socios, quienes abarcan todas las tendencias políticas.

Fundación del Ateneo Militar

El periodo comprendido entre la revolución de *La Gloriosa* de 1868 y el pronunciamiento del general don Arsenio Martínez Campos, que proclama Rey a Alfonso XII de Borbón en 1874, estuvo caracterizado por una fuerte inestabilidad en lo referente al Ejército. De ahí que en sólo seis años hubiera ¡29 ministros de la Guerra! Además, todo ello se vio complicado en aquel mismo año 1868 por el estallido de la guerra de los Diez Años o Revolución de Yara, que fue la primera y la más duradera de las tres guerras independentistas que se libraron en Cuba ⁽²⁶⁾.

Hacia el año 1871, en aquella época de incertidumbre, la revolución liderada por el general don Juan Prim y Prats, conde de Reus y marqués de Los Castillejos, se cuestionaba en todos los cuarteles y la moral castrense estaba por el suelo, pues los militares que habían apoyado la revolución creían que ésta se había vuelto contra ellos, por los ataques que recibían de cierta prensa de izquierdas y los debates del Congreso por la incumplida promesa de la abolición de las quintas. Además, con los movimientos anarquistas existentes en Europa y en España, se había iniciado la consolidación del antimilitarismo, cuestionándose la necesidad o no de un ejército permanente.

Pero pese a este ambiente tan contrario, un sector minoritario del Ejército tenía un enorme interés por la formación y mayor profesionalización de los mandos militares. Creía que urgía la necesaria la cohesión en un colectivo desunido por la política, y sobre todo, exigía que se pusiera término a la práctica desastrosa de los ascensos indiscriminados y de las recompensas injustas que minaban la moral militar.

Tras el triunfo de *La Gloriosa* había surgido en Madrid un buen número de sociedades, como el Club Revolucionario de la calle de la Yedra, el Club del Congreso de la calle del Lobo, el Casino Republicano de la Calle Mayor, la Tertulia Progresista y otras. Pero al margen de tales asociaciones, tan dadas a las reuniones

²⁶ La Guerra de los Diez Años, la Guerra Larga o Revolución de Yara (1868-78); la Guerra Chiquita, del Camagüey o de Calixto García (1879-80); y la Guerra del 95 ó del 98 (1895-98).

políticas y que en muchos casos resultaban esperpénticas, una media docena de intelectuales militares vio con claridad y comprendió que era el momento oportuno para fundar un Ateneo Militar que, basándose en contenidos intelectuales, fuera capaz de promover un cambio profundo en el ámbito castrense, para que los militares modificaran sus actitudes y comportamientos, y sobre todo, abandonaran para siempre la política y se centraran sólo en los asuntos profesionales propios de la milicia. Su modelo ideal era el ya prestigioso Ateneo Científico y Literario de Madrid, y precisamente su influencia sería tal, que la futura institución se llamaría Ateneo Científico del Ejército y de la Armada, aunque fuera conocido como “Ateneo Militar”.

En definitiva, se trataba de crear un centro cultural generador de ideas, como un núcleo activo regeneracionista dentro de un Ejército rutinario y desmoralizado. Pero en realidad no era un grupo de presión militar contra el Gobierno que pretendiera defender unos intereses comunes; pues precisamente para eso, un año después de su fundación nacerá la Asociación Mutua del Ejército y de la Armada.

El capitán don Nicolás Estévanez, muy apreciado en los ambientes intelectuales castrenses, se había distinguido en la guerra de África (1859-1860) antes de ser miembro fundador del Ateneo Militar (1871), fue miembro del Directorio Republicano (1872) y ministro de la Guerra (1873) ⁽²⁷⁾. Pero lo que aquí nos importa es que en el año 1868 publicó *La milicia, tipos y costumbres militares*, un libro que se convirtió en un verdadero *best seller* alcanzando su tercera edición en 1870. Su cuento titulado *El aplicado* comienza de esta crítica brutal que reclama a gritos la regeneración del abatido espíritu del Ejército:

“Cuando un oficial joven se incorpora a un cuerpo, los antiguos le preguntan si tiene parientes generales o buenas relaciones en Madrid.

Si el oficial novel dice que no cuenta con más protección que su derecho, no estudie usted, le responden, no estudie usted, porque es inútil. Usted no ascenderá aunque invente otra pólvora.

²⁷ Al caer la I República, don Nicolás Estévanez marchó exiliado a Portugal y luego a los Estados Unidos, Méjico y París, donde murió en 1914.

Pero si el joven oficial manifiesta que tiene protectores, no estudie usted, le replican; no estudie usted, porque de todas las maneras usted será pronto general.”

En el año 1870, el teniente don Eugenio de la Iglesia escribió en *El Correo Militar* sus reflexiones sobre la urgente necesidad de crear un Ateneo Militar en Madrid para la regeneración del Ejército:

“La inmediata creación en Madrid de un Ateneo Militar, donde confundidas las diferentes jerarquías de la milicia, se llegase a conseguir esa unión y compañerismo que hoy por desgracia no existe entre nosotros; donde reunidos grandes elementos de instrucción, se hiciese ésta fácil y agradable y, finalmente, donde por medio de conferencias públicas para discutir sobre todos los ramos de la difícil ciencia de la guerra, se hiciese conocer y apreciar debidamente las notabilidades del Ejército.”

Poco después, tras una serie de reuniones, el mencionado pequeño grupo de militares decidió que había llegado el momento de fundar el Ateneo Militar. Entre ellos estuvieron: el capitán don Miguel A. Espina, director de *El Correo Militar*, algunos del consejo de redacción del mismo diario, como el comandante don José Campos y los capitanes don Arturo Cotarelo y don Melchor Pardo; el teniente don Emilio Prieto, director de *El Memorial de Caballería*; y el inquieto comandante don Luis Vidart. Así pues, el capitán de Infantería don Eduardo López Carrafa publicó en *El Correo Militar* un artículo (26 de marzo de 1871) que constituía un verdadero manifiesto colectivo a modo de declaración de intenciones y punto de enganche dirigido a sus compañeros de Armas, a los generales y a los jefes y oficiales de Mar y de Tierra, con las siguientes ideas:

1. Durante siglos, toda iniciativa del Ejército o de la Armada siempre había partido desde arriba, lo que había conducido a la apatía general ante los problemas. Por eso el Ateneo Militar tenía que fundarse por iniciativa privada y no oficial.
2. El Ateneo Militar debería servir de estímulo para la regeneración y europeización del Ejército y de la Armada.

3. Se ocuparía sólo de la formación profesional castrense. Por tanto, la necesidad de unidad entre los militares que había manifestado el teniente de la Iglesia fue cuidadosa e intencionadamente omitida.
4. Una vez fundado el Ateneo Militar, se crearían centros similares en todas las capitales de distrito, para así mejorar la formación profesional del Ejército y de la Armada, y mejorar las relaciones con la sociedad civil.
5. En la redacción del periódico habría una lista abierta para quien quisiera inscribirse en el proyecto; y luego, una vez recogidas 50 firmas, se procedería a la fundación del Ateneo del Ejército y la Armada.

Un mes después se celebró la primera reunión ateneísta (23 de abril de 1871), en los locales prestados por la Fundación Instituto Homeopático en el Hospital de San José. Desde entonces se fueron formando distintas comisiones para la redacción de los reglamentos y estatutos, participando algunos militares que habían destacado o destacarían después en el tratado militar o la literatura castrense, como: el comandante don Francisco Villamartín, el capitán don Nicolás Estévez, el entonces teniente don Federico de Madariaga, el coronel don Antonio Vallecillo, don Eduardo de Mariategui, el coronel Pérez de Rozas y los capitanes Gómez de Avellaneda y Fernández Pascual, entre otros ⁽²⁸⁾. Poco después se formó la I Junta Directiva (14 de mayo de 1871), presidida por el general don Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, el mismo que años antes había intentado promocionar la fundación del Casino de Barcelona.

Una vez redactados los reglamentos y estatutos, el 16 de julio de 1871 tuvo lugar la sesión inaugural del Ateneo de Madrid en su sede, ubicada no lejos de la Puerta del Sol y de la plaza de Isabel II, y concretamente en el número 2 de la céntrica plaza de Santa Catalina de los Donados, paralela a la calle Arenal, que es la pequeña plaza donde está la tan castiza iglesia del Santo Niño del Remedio. Aquella célebre sesión inaugural contó con la presencia de varios miembros del Cuerpo Diplomático, representantes de las cinco Reales Academias, de la Universidad Central, del

²⁸ Don Antonio Vallecillo era uno de los mejores jurisconsultos de entonces y el polígrafo don Eduardo de Mariategui poseía una de las mejores bibliotecas de tema militar.

Ateneo de Madrid (²⁹) y de la Prensa, ex ministros, senadores y diputados, y oficiales generales del Ejército y de la Armada. Entre estos últimos asistieron: los directores generales de las Armas, el capitán general de Castilla la Nueva, el gobernador militar de la provincia de Madrid, el vicepresidente del Almirantazgo, el vicario general castrense, su auditor y el intendente militar del Distrito.

El éxito de la convocatoria para la fundación del Ateneo Militar fue arrollador entre la guarnición militar de Madrid, pues pasó de 50 a 249 socios en los cuatro meses escasos que transcurrieron desde el manifiesto del capitán López Carrafa y sus amigos (26 de marzo) a su inauguración (16 de julio) (³⁰).

Pero pese a que la fundación del Ateneo Militar obedecía a una iniciativa privada de un grupo de socios fundadores, éstos siempre quisieron vincular a las más altas autoridades militares. Por eso nombrarán copresidentes honorarios a los ministros de Guerra y Marina; y como socios honorarios a los directores de todas las Armas y Cuerpos, al capitán general de Castilla la Nueva y a una serie de capitanes generales como: don José Gutiérrez de la Concha, marqués de La Habana; su hermano don Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero; don Baldomero Espartero, marqués de la Victoria; don Manuel Pavía y Lacy, marqués de Novaliches; y don Francisco Serrano Domínguez, duque de la Torre y conde de Santovenia; entre otros (³¹).

Por otra parte, aunque los principales protagonistas de la convocatoria para la fundación eran de ideas avanzadas, no por ello podría calificarse al Ateneo Militar como un “club de ideología liberal”. El Ateneo Militar nunca fue un club político de

²⁹ El Ateneo Científico y Literario de Madrid estaba presidido por don Antonio Cánovas del Castillo.

³⁰ Don Pablo González-Pola de la Granja, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas del CEU-Universidad Cardenal Herrera, (CEU-UCH), es el mejor conocedor del Ateneo de Madrid y de su sucesor, el Centro del Ejército y la Armada. Sus estudios e investigaciones las reunió en su magnífica Tesis Doctoral, que defendió brillantemente la Universidad Complutense de Madrid, en 2001, y que lleva por título “La configuración de la mentalidad militar contemporánea y el movimiento intelectual castrense: el siglo crítico”. Dicha tesis fue publicada como tal en la UCM (2002). También puede consultarse su obra *La configuración militar contemporánea (1868-1909)*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2003. No existe una monografía completa del Ateneo Militar a diferencia del Centro del Ejército y la Armada (desde su fundación en 1881 hasta al menos 1902), cuyo autor fue el doctor don Joaquín Coll y Astrell: *Monografía histórica del Centro del Ejército y de la Armada*. Madrid, 1902.

³¹ No existe una monografía completa del Ateneo Militar a diferencia de su sucesor, el Centro del Ejército y la Armada (desde 1881 hasta al menos 1902), cuyo autor fue el doctor don Joaquín Coll.

una ideología concreta, sino que estuvo abierto a todos los militares interesados, sea cual fuere su ideología; por tanto, allí se mezclaron liberales tan distinguidos como don Nicolás Estévez, don Fernando Pierda, don José Navarrete, don Francisco Villamartín o don José López Domínguez, con muy ilustres conservadores como don Fernando y don Rafael Primo de Rivera, don Antonio López de Letona o el Marqués de La Habana.

Los hombres del Ateneo Militar

Muchos fueron los militares que tuvieron una participación brillante y relevante en la fundación, la organización y las actividades del Ateneo Militar. Por ello, aquí vamos a tratar sólo a cuatro de ellos y someramente: don Eduardo López Garrafa (quien se había firmado el manifiesto), don Luis Vidart, don Francisco Villamartín y don Arturo Cotarelo.

Eduardo López Carrafa

El comandante de Infantería don Eduardo López Carrafa había demostrado tener inquietudes intelectuales muy tempranas, pues siendo cadete (1856-1859) había participado en el movimiento literario que había en el Colegio de Infantería. Además, había fundado la Sociedad Literaria junto con Cotarelo y varios compañeros, e incluso editado un diario ⁽³²⁾.

En el año 1859 abandonó el Colegio de Infantería; y un año después ascendió a teniente por sus méritos militares contraídos en África, concretamente en las célebres batallas de Los Castillejos (1 de enero de 1860) y Tetuán (4 de febrero de 1860), sirviendo a las órdenes del general don Antonio Ros de Olano.

La preparación de la revolución de 1868, conocida como *La Gloriosa* o *La Septembrina*, comenzó en agosto de 1866 ⁽³³⁾. El movimiento revolucionario,

³² Según Vidart, el diario de López Carrafa, joven cadete del Colegio de Infantería, se llamaba *El Bombo*; mientras que para A. Espina era *La Bomba*.

³³ Cuarenta y cinco dirigentes progresistas y demócratas (Prim, Sagasta, Ruiz Zorrilla, Cautelar, Pi y Margall, etc.) se reunieron en Ostende. Allí acordaron unir sus esfuerzos para el trunfo de un movimiento revolucionario que acabara con la monarquía de Isabel II y el régimen político de 1845, y estableciera un régimen liberal democrático. Las características precisas, sobre todo la opción monarquía o república, las definirían unas Cortes constituyentes elegidas por sufragio *universal* masculino y directo. Serrano, jefe de la Unión Liberal a la muerte de O'Donnell, decidió la adhesión

liderado por el general Prim, no cesó en sus actividades conspirativas hasta que la revolución se inició en septiembre de 1868 con el pronunciamiento de la flota surta en Cádiz. Pronto sumaron fuerzas militares y también las juntas revolucionarias, extendiéndose el movimiento con gran rapidez por toda España, hasta que por fin se dio el encuentro militar de Alcolea, entre las tropas sublevadas y las fieles a la Reina, que supuso el triunfo de las primeras, la salida de ella hacia Francia y el inicio del período conocido como el *Sexenio Democrático*.

Antes del pronunciamiento de Cádiz, el entonces teniente López Carrafa confraternizó con el pueblo malagueño en la noche del 21 de marzo de 1868 y lo arengó en varios puntos del vecindario, sobre todo ante el monumento erigido al liberal don José María de Torrijos. Por tal acción, la Junta Revolucionaria de Málaga le recompensó después con el empleo de capitán (9 de octubre de 1868).

Pero tal ascenso no agradó al entonces capitán López Carrafa, pues le parecía muy poco para sus grandes “servicios a la libertad”; por lo que en noviembre pidió el empleo de comandante en recompensa por su comportamiento en los años 1860, 1866 y 1868. Además, en su instancia de solicitud adjuntó una carta de su padre, el teniente don Marcelino López, escrita (8 de mayo de 1848) poco antes de ser fusilado por su participación en la sublevación contra el gobierno de Narváez en el centro de Madrid (³⁴). Aunque el gobierno de Serrano dio la callada por respuesta a la petición de López Carrafa, Prim, ministro de la Guerra, ratificó su ascenso a capitán en diciembre.

López Carrafa participó con don Nicolás Estévanez, también ilustre republicano e íntimo amigo suyo, en la insurrección republicana de Béjar, lo que le costó a ambos la huida a Portugal. Allí permaneció exiliado López Carrafa hasta que pudo acogerse a la amnistía promulgada por el gobierno de Prim para delitos políticos (9 de agosto

del partido al Pacto de Ostende. El nuevo socio aseguraba el apoyo militar al movimiento revolucionario y, en buena parte, su triunfo efectivo; asunto importante tras las anteriores experiencias fallidas; y a la vez, se diluía el carácter radical de la revolución. Para Prim (liberal progresista), alma de la operación, todo eran ventajas: se robustecían su posición de árbitro entre los aliados y las posibilidades del éxito inicial del movimiento.

³⁴ El teniente don Marcelino López se había sumado a la sublevación del comandante Buceta en Madrid (07-05-1848) contra el gobierno del general Narváez, duque de Valencia. En Cataluña se produjo el levantamiento de Ametller y Belleza; y en Sevilla, el de los comandantes Portal y Gutiérrez.

de 1870). Poco después, cuando a los 31 años de edad acababa de solicitar su readmisión en el Ejército, publicó en *El Correo Militar* (26 de marzo de 1871) su famoso artículo que dio paso a la fundación del Ateneo del Ejército y de la Armada, más conocido como Ateneo Militar.

Fue uno de cuantos participaron en la redacción del reglamento y de los estatutos y uno de los secretarios de la I Junta Directiva, en mayo de 1871. Luego, en 1872, siendo el director del *Boletín militar y naval* ⁽³⁵⁾, tradujo *El arte militar en el siglo XIX* de Wilhelm Rüstow para que fuera el primer tomo de una colección que quería editar titulada *Biblioteca Militar Española*, con la idea de vender cada libro al precio módico de 12 reales y la revista gratis a todos los suscriptores. Pero aquel mismo año fue destinado a Cataluña a las órdenes del general don Juan Contreras ⁽³⁶⁾, por lo que tuvo que abandonar su colaboración en el Ateneo Militar y su proyecto editorial.

Proclamada la Primera República (11 de febrero de 1873), el capitán López Carrafa se convirtió en uno de tantos militares que por su trayectoria más o menos liberal se verían recompensados con una carrera de ascensos meteórica. Tal situación creó una indignación general en el ámbito castrense y el deseo de que todas las hojas de servicio fueran revisadas. Los militares conservadores porque se veían postergados por otros cuyo único mérito era servir a la causa liberal; y los liberales, porque no se veían lo bastante recompensados, tal como le había ocurrido al propio López Carrafa en el año 1868. Precisamente la gran desunión existente en el Ejército y en la Armada fue uno de los motivos que había animado la fundación del Ateneo Militar.

Así pues, unos días después de instaurarse la República, la fortuna sonrió al capitán López Contreras al ascender directamente a teniente coronel a propuesta del general Contreras. Además, por si fuera poco, el presidente don Estanislao Figueras le nombró oficial primero de la Secretaría del Ministerio de la Guerra; y desempeñando dicho cargo, muy poco después colaboró con su gran amigo Estévanez, entonces gobernador civil de Madrid, en la neutralización de un intento

³⁵ El *Boletín militar y naval* era una revista trimestral de noticias literarias, profesionales y oficiales.

³⁶ El general don Juan Contreras y Martínez fue un excelente militar. Siendo capitán se distinguió en la batalla de Alcolea (1868) y luego, como coronel, en la batalla de Treviño (1875).

revolucionario producido en la cercanía de la plaza de toros (27 de febrero de 1873). Por dicha acción fue recompensado con el empleo de coronel.

Habían pasado sólo cuatro meses desde que Prim había ratificado su ascenso a capitán y ya era coronel; y además, desempeñaba un cargo de responsabilidad en el Ministerio de la Guerra. Pero su carrera meteórica no terminó ahí, pues su amigo Estévanez recibió la cartera de dicho Ministerio y le nombró Secretario General, logrando con dicho cargo su tan ansiado ascenso a comandante con fecha de 3 de diciembre de 1868, tal como consta en su hoja de servicios que se conserva en el Archivo General Militar de Segovia.

Cuando Estévanez convocó la Comisión de Reorganización del Ejército para el estudio de las reformas militares, López Carrafa colaboró en la misma; pero ni su alto cargo ni tampoco su nuevo cometido le hicieron olvidar a su querido Ateneo Militar, al que favoreció cuanto pudo y recompensó a todos cuantos convirtieron la idea de su fundación en una realidad. Aunque, por desgracia, su importante apoyo duró muy poco al dimitir en julio de 1873, quedando de reemplazo hasta su temprana muerte en el año 1879.

La aportación organizativa de don Eduardo López Carrafa al Ateneo Militar fue enorme y mucho más que como intelectual, que lo fue. Pero sobre todo quisiéramos destacar su espíritu ateneísta, ya que aun siendo un hombre fiel y entregado por entero al Partido Republicano, siempre aceptó con agrado el carácter apolítico del Ateneo Militar y el que primara la instrucción profesional castrense entre sus miembros.

Luis Vidart y Schuch

Si don Eduardo López Carrafa puede considerarse como el gran organizador del Ateneo Militar, el artillero don Luis Vidart Schuch fue el ideólogo por excelencia y por ello ocupa un lugar importante en su historia. Además, desarrolló una impresionante actividad intelectual al margen de su carrera castrense, que fue corta y poco brillante.

Por otra parte, si un militar intelectual es aquel que se considera militar por encima de todo y su calidad intelectual queda refrendada por las necesidades de su

profesión, Vidart es un buen ejemplo del intelectual militar, que es aquel militar profesional cuyas orientaciones son esencialmente académicas y no castrenses, pudiendo incluso abandonar la milicia por la docencia universitaria.

Siendo cadete del Colegio de Artillería, demostró tener inquietudes intelectuales (1849-1853), como años después López Carrafa en el Colegio de Infantería. En aquellos años, el Colegio de Artillería tenía como órgano oficial al diario *El Fotogénico*, en el que Vidart escribió sus primeros artículos y colaboró junto a don José Navarrete y don Serafín Olave (³⁷).

Participó en el pronunciamiento de Vicálvaro (30 de julio de 1854) - *La Vicalvarada* -, donde logró su ascenso a capitán. Dos años después, durante la revolución de 1856 protagonizada por la milicia de Madrid y que puso término al Bienio Progresista del Ministerio del general Espartero, duque de la Victoria (19 de julio de 1854/14 de julio de 1856), se unió a la guarnición de Madrid, que estaba al mando de los generales O'Donnell, Serrano y Concha.

Vidart, arrastrado por el entusiasmo que sentía por la filosofía alemana, publicó un folleto titulado *El panteísmo germano-francés* (1864). Luego, abandonó el servicio militar activo en situación de supernumerario (junio 1865/abril 1871) trabajando en la Compañía de Ferrocarriles del Mediodía, mientras se dedicaba a formarse intelectualmente y a publicar. Aunque se reincorporó al Ejército en dos momentos excepcionales: cuando Prim intentó destronar a la reina doña Isabel II (22 de junio de 1866), lo que le llevó a unirse de inmediato a las tropas gubernamentales de la guarnición de Madrid (³⁸); y durante los cuatro meses en los que viajó en comisión

³⁷ Años después Navarrete será un brillante diputado republicano y Olave pasará al Arma de Infantería.

³⁸ El general don Juan Prim y Prats, huido y condenado a muerte tras su último pronunciamiento en Villarejo de Salvanes, se encargó desde el exilio de la organización militar del movimiento revolucionario. Los partidarios de derrocar a la Corona designaron a don Ricardo Muñoz como responsable de agitar a los barrios obreros y pobres de Madrid, para acompañar el golpe con una reacción popular (Sagasta estaba entre los civiles). Se fijó la fecha para la sublevación (26-06-1866), nombrándose al mando de la misma a los generales don Blas Pierrad y don Juan Contreras, mientras Prim entraba por la frontera francesa para hacer una proclama en Guipúzcoa. La primera unidad que tenía que sublevarse era el Cuartel de Artillería de San Gil (situado en Madrid, en la actual Plaza de España), que junto a unidades de Infantería debía tomar el Palacio Real y secuestrar a la Reina. Como el gobierno del general O'Donnell estaba informado de ciertos movimientos militares en el Cuartel de San Gil, sus tropas se sublevaron al mando del capitán don Baltasar Hidalgo de Quintana

de servicios por Francia y Alemania, para informar sobre la guerra franco-prusiana (1870-1871).

En su condición de supernumerario y por tanto ajeno al servicio militar activo, Vidart pudo conocer a fondo el movimiento intelectual alemán que don Julián Sáenz del Río había introducido en España a través del krausismo ⁽³⁹⁾ y que se desarrolló durante los años 1854-1868. Tal fue así que asistió puntualmente a todas las clases de don Francisco Giner de los Ríos ⁽⁴⁰⁾, quien le aceptó como discípulo y le distinguió con su amistad. Allí, en la Universidad Central, pudo rodearse de toda una pléyade de condiscípulos ilustres: don Gumersindo de Azcárate, don Augusto González de Linares, don Federico de Castro, don Manuel Sales y Ferré, don Nicolás Salmerón, don Fernando de Castro y otros.

Gracias a Vidart y sus compañeros, el krausismo tuvo una enorme influencia en el Ateneo Militar en tres aspectos muy importantes:

1. Si el krausismo tuvo en España un fuerte carácter de regeneración moral, se puso un especial empeño de forma análoga en que el Ateneo Militar fuera esencialmente regeneracionista para el Ejército.
2. Según Vidart, la lucha del krausismo por la libertad se empleó en el Ateneo Militar ⁽⁴¹⁾ contra un amplio sector de militares: los que se aprovechaban de las armas para sus ambiciones personales; los contrarios a la Ciencia y defensores de la idea de que la ignorancia y la milicia deberían marchar siempre juntas; los militares que hacían gala de su ignorancia; y los que seguían el modelo de "líder

cuatro días antes de la fecha acordada (22-06-1866). La Revolución fue aplastada. Entre sargentos y soldados del San Gil, 66 militares fueron fusilados.

³⁹ Don Julián Sáenz del Río (Torrearévalo, 1814 - Madrid, 1869). Filósofo introductor del krausismo en España. Catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad Central, fue expedientado en 1865 y repuesto en 1868. Entre otras obras destacamos dos: *Lecciones sobre el sistema de filosofía analítica de K. Ch. F. Krause* y *El ideal de la Humanidad para la vida*.

⁴⁰ Don Francisco Giner de los Ríos (Ronda, 1839 - Madrid, 1915). Pedagogo, discípulo del filósofo Sáenz del Río y continuador del krausismo, fundó la Institución Libre de Enseñanza (I.L.E.). Escribió diversas obras sobre temas jurídicos, pedagógicos y filosóficos.

⁴¹ VIDART, Luis: *Discurso pronunciado en el segundo aniversario de la fundación del Ateneo de Madrid*. Madrid, 1873.

heroico” menospreciando al militar organizador o “tecnólogo” y acusando de antimilitar al estudioso.

3. El movimiento krausista puso de moda la afición por asociarse para adquirir formación intelectual, lo cual promovió y desarrolló Vidart en el Ateneo Militar y posteriormente lo hará el Centro del Ejército y la Armada.

Siendo Vidart supernumerario, publicó *La filosofía española* (Madrid, 1866), una obra clásica en su especialidad. Al año siguiente ingresó en la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla (22 de marzo de 1867) y lo hizo de la mano de su camarada y buen amigo don Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, capitán de Artillería ⁽⁴²⁾. Vidart quedó muy impresionado por el funcionamiento de tan prestigiosa academia, en la sus miembros presentaban memorias que leían y discutían; como también por sus concursos públicos, sus excelentes publicaciones y su magnífica biblioteca. Pero Vidart brillaría muchísimo más en el Ateneo Científico y Literario de Madrid ⁽⁴³⁾, y en el Ateneo Militar.

Según don Rafael María Labra, principal biógrafo del Ateneo de Madrid, en 1864 había 2.678 ateneístas y si en el año 1879 se pasó a 4.290 fue por la afiliación de muchos militares y marinos. Por ello, Vidart estuvo rodeado de compañeros militares que compartían con él sus inquietudes intelectuales; colaboró con sus amigos krausistas en muchas actividades; y formó parte del claustro de profesores que iniciaron las cátedras del Ateneo tras la revolución de 1868, junto a su maestro Giner de los Ríos, González Linares, Silvela, Fabie, Moret y muchos otros.

En el año 1871 abandonó la docencia en el Ateneo de Madrid por varios motivos: en abril se reincorporó al servicio activo en el Ejército; el 14 de mayo entró en la I Junta

⁴² Por deferencia, la solemne recepción en la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla fue presidida por el Capitán General.

⁴³ Ignoramos cuándo ingresó como socio en el Ateneo de Madrid, pero al menos sabemos varias cosas: que era socio en la etapa más liberal progresista de tan prestigiosa institución (1859-1865); que en 1866 era el socio más antiguo en 1866 y desempeñaba el cargo de Secretario de la Sección de Ciencias Morales y Políticas; y que seguía siendo socio en 1867, cuando el Ministerio del general Narváez (10-07-1866/23-04-1868) ejerció la mayor represión que había sufrido dicha institución a lo largo de su historia.

Directiva del Ateneo Militar, como García Carrafa; y al año siguiente dejó de nuevo el servicio activo militar, aunque esta vez por haber recibido acta de diputado por los distritos de Balmaseda (Vizcaya) y Albocacer (Castellón).

A partir de sus iniciales planteamientos filosóficos, Vidart sintió un gran interés por todo relacionado con el hombre y su obra, lo que le llevó con frecuencia a escribir biografías de militares insignes para neutralizar el tópico que existía sobre la escasa cultura de los militares. Precisamente en 1871 publicó *Letras, armas y otros varios* (Madrid, 1871), una de sus mejores obras y que constituye una magnífica recopilación de biografías de escritores militares. Y años después escribirá la biografía de don Francisco Villamartín (Madrid, 1877) y la de don Vicente de los Ríos (Madrid, 1889).

En el año 1873, Vidart recibió el empleo de teniente coronel de Caballería por sus méritos y estudios científico-militares y dos de sus obras: *Ejército permanente* y el mencionado *Letras, armas y otros varios*. Es decir, fue recompensado por su brillante trayectoria como intelectual militar.

Se incorporó a la docencia del Ateneo de Madrid en el curso 1873-1874 con el tema “La ciencia de la guerra en relación con el estado actual de las demás ciencias”; y luego disertaría sobre otros temas en cursos sucesivos: “Estudios sobre la ciencia militar” (1874-1875) ⁽⁴⁴⁾, “Introducción al estudio de la historia militar en España” (1875-1876) ⁽⁴⁵⁾ y “Organización del Ejército alemán, en el curso 1877-1878”.

En 1874 desapareció el Ateneo Militar y Vidal aquel mismo año contrajo matrimonio con la hija de un rico aristócrata, decidiendo entonces poner fin a su corta carrera militar como oficial retirado del servicio activo con el empleo de teniente coronel de Caballería y comandante de Artillería, para dedicarse en cuerpo y alma al Ateneo Científico y Literario de Madrid.

⁴⁴ Vidart cultivó, fomentó y escribió sobre Historia Militar en su anterior etapa del Ateneo Militar.

⁴⁵ A finales de 1875 y durante 1876, el Ateneo de Madrid pasó una crisis tan profunda que casi estuvo a punto de desaparecer; pero la institución logró salvarse gracias a los esfuerzos de Amador de los Ríos, Moreno Nieto, Shaw, Vicuña, Vidart y otros.

Integrado de pleno en el movimiento krausista, Vidart siguió a sus amigos Giner de los Ríos y Azcárate en la fundación de la Institución Libre de Enseñanza (ILE), de la que fue uno de los primeros accionistas como también lo fueron los generales de la Gándara y Pieltain. Pero conviene destacar que su participación en la ILE fue la causa principal por la que dicha institución mantuvo excelentes relaciones con los dos centros culturales militares en cuya fundación intervino: el Ateneo Militar y su sucesor el Centro del Ejército y de la Armada.

Don Luis Vidart y don Marcelino Menéndez Pelayo mantuvieron una relación muy cordial y de sincera amistad, lo que no impidió que ambos, junto con don Gumersindo de Azcárate, mantuvieran una correspondencia en la que polemizaron sobre la Ciencia: Azcárate y Vidart como defensores del krausismo y Menéndez Pelayo como enemigo.

En el año 1894, Vidart ingresó en la Real Academia de la Historia y su discurso de ingreso se tituló “La utilidad de las monografías para el cabal conocimiento de la historia de España”, que fue contestado por el marino y célebre historiador y tratadista naval don Cesáreo Fernández Duro. Además, con su entrada en tan señera institución académica, se propuso fomentar el interés por la historia militar.

Como quedó antes reseñado, el artillero Vidart fue un intelectual militar y no un militar intelectual. Pero tal condición no fue óbice para que mantuviera su compromiso con las Fuerzas Armadas durante toda su vida, como sus propios hechos lo demuestran:

1. Fue autor de cientos de artículos de prensa, libros de ensayo, folletos y numerosas conferencias sobre temas militares.
2. Al igual que la gran mayoría de los diputados militares, sus principales intervenciones en el Parlamento fueron sobre asuntos castrenses.
3. Influyó sobre los militares de su época, a través de su labor docente en el Ateneo Militar y después en el Centro del Ejército y la Armada.

Uno de los asuntos militares que más le preocupó fue el problema de las quintas, que pese a que los revolucionarios del 68 habían prometido su abolición, la situación política de España no lo permitía en absoluto. Si los políticos del Partido Radical

propusieron la creación de un Ejército formado sólo por voluntarios, él en su libro *Ejército permanente y armamento nacional* (Madrid, 1871) abogó por un modelo mixto en el que los voluntarios profesionales, en caso de necesidad, se complementarían con una reserva bien organizada e instruida.

La figura de Vidart es inmensa y en muchos aspectos se adelantó a su época. Por ejemplo, en *Ejército permanente y armamento nacional* defendió el reconocimiento de la objeción de conciencia para todo aquel que tuviera una verdadera vocación pacifista, que debería ser debidamente probada y sometida a disposiciones legislativas.

Otra idea moderna que Vidart defendió y que nos parece muy importante es la del carácter apolítico que debía tener el Ejército, pese a defenderla tal desde su escaño del Congreso; y el que las dos instituciones culturales militares a las que perteneció y colaboró en su fundación (el Ateneo Militar y el Centro del Ejército y la Armada) fueran también apolíticas y abiertas a la cooperación entre militares y civiles, lo cual es un claro antecedente del actual Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN). Además, siguiendo la tradición de los militares de talante liberal, mantuvo que el Ejército no debería dejarse arrastrar por carlistas, alfonsinos y republicanos, puesto que su obligación consistía en apoyar la legalidad vigente, mantener la subordinación y disciplina y probar que las tropas buenas no eran las del absolutismo y que “las bayonetas están más limpias al sol de la libertad”. Al igual que intentó que los militares confiaran en Amadeo I de Saboya y en el general Serrano.

Vidart reflexionó mucho sobre la ciencia de la guerra ⁽⁴⁶⁾ y en muchos de sus escritos intentó que la Sociedad Civil diera a los estudios militares el tratamiento de

⁴⁶ En su obra *“Las reformas militares”*, Vidart abordó el concepto disuasorio de la fuerza al plantear que la ciencia de la guerra se divide en dos partes bien diferenciadas: la que persigue evitar la guerra mediante la organización de los Ejércitos, para defender el orden en el interior y mantener el respeto en el exterior; y la que tiene por objeto vencer en la guerra cuando es inevitable.

ciencia ⁽⁴⁷⁾. Para él, la ciencia de la guerra podría tener las cuatro divisiones siguientes:

1. La Filosofía de la guerra.
2. La política de la guerra.
3. La teoría del arte de la guerra, que comprende los estudios sobre estrategia, táctica, logística y otros conceptos.
4. La historia de la guerra, que trata de la guerra como hecho transitorio dentro de las condiciones generales del tiempo y del espacio ⁽⁴⁸⁾.

Por último, sólo añadir que don Luis Vidart fue uno de los principales referentes del movimiento intelectual castrense que animó al Ateneo Militar, al Ateneo de Madrid y al Centro del Ejército y la Armada. Además, su fuerte personalidad le convirtió en un hombre polémico entre sus colegas militares y muy dado a las controversias. Falleció el 9 de septiembre de 1897 y sus compañeros del Arma de Artillería le dedicaron un recuerdo entrañable en el *Memorial de Artillería* (edición de 1897):

“Estas líneas bastan para desvirtuar algunas aseveraciones necrológicas en que se traslucen conatos de poner en pugna las ideas del finado con las del Cuerpo de Artillería y con otras de un orden más elevado.

Nosotros vimos y todo el mundo pudo ver en ambos actos fúnebres (*se refiere al entierro y al funeral*) figurar muy ostensiblemente el ros de Artillería, cuyo uniforme le sirvió de mortaja por mandato expreso.”

Arturo Cotarelo y Valenzuela

Don Arturo Cotarelo, capitán del Cuerpo de Inválidos, participó desde el principio en la constitución del Ateneo Militar, pues perteneció a la llamada “Comisión iniciadora” y luego estuvo en la I Junta General del Ateneo Militar, presidida por el marqués del

⁴⁷ Obsesionado por la Ciencia Militar, Vidart escribió una carta a Menéndez Pelayo (30-06-1879) rogándole que incluyera la Ciencia Militar en el grupo de las Ciencias Morales y Políticas.

⁴⁸ *Revista del Ateneo Militar*. T. I, 1872, p. 159.

Duero y que se reunió por vez primera el 14 de mayo de 1871. Cotarelo, ocupó en esta Junta el puesto de bibliotecario.

Siendo cadete participó en el movimiento literario del Colegio de Infantería (1856-1859) junto con su amigo íntimo don Eduardo López Carrafa; y como la mayoría de los tenientes de su época recibió su bautismo de fuego en la Campaña de Marruecos (1859-1861), distinguiéndose en las célebres batallas de Wad-Ras y Tetuán (1860). Pero combatiendo en Marruecos, algo le ocurrió que le produjo una fuerte sordera, por lo que unos años después se le recompensó con el ascenso a capitán y a la vez ingresó en el Cuerpo de Inválidos 31 de enero de 1867). Dentro de este Cuerpo llegaría a teniente coronel, graduado de coronel (⁴⁹).

Su obra fue muy prolífera, mereciéndose destacar sus magníficos artículos de *El Correo Militar* (⁵⁰), sus ensayos y sus traducciones de obras militares alemanas. Por otra parte, creemos también oportuno destacar que fue un germanófilo furibundo. Para él, el Ejército prusiano era perfecto en la carrera de las armas, de ideas elevadas e imbricado en el seno de la Sociedad Civil. Admirador de Guillermo II y defensor a ultranza del militarismo prusiano, creyó que la grandeza de Prusia se debía a que su Ejército no se imponía al país, sino que por el contrario constituía su brazo fuerte, se le exigían conocimientos profesionales y en él estaban todas las clases sociales sin excepción (⁵¹).

Cotarelo publicó una excelente biografía de Lazare Carnot (*Carnot*, Madrid, 1870) brillante militar y político francés (1753-1823) que fue miembro del Directorio y ministro de la Guerra de Napoleón. Poco después, en el año 1871, al fundarse el Ateneo Militar, apoyó con decisión la formación intelectual de los militares y obtuvo el reconocimiento a su labor formativa entre sus compañeros de armas. Años después, en 1878, el comandante Cotarelo envió tres de sus obras a la Junta Consultiva de Guerra para obtener el ascenso a teniente coronel, que en su

⁴⁹ Al inicio de la década de los 90, Cotarelo sufrió continuos y serios apuros económicos y acumuló numerosas deudas debido a su escaso sueldo y a su familia numerosa. Entre 1887 y 1892 tuvo retenciones en la paga por vía judicial y por la elevada cifra de 28.226 pesetas, correspondiente a cinco acreedores y con un interés de entre 2% y el 2,5%.

⁵⁰ Cotarelo fue redactor de *El Correo Militar* desde su fundación.

⁵¹ *Revista de España*. T. XLIX, marzo-abril, 1876, p. 230.

dictamen se lo concedió en premio a su trabajo y a su esfuerzo en pro de la necesaria regeneración militar.

Apasionado de la historia militar, la consideró de una enorme utilidad y dio clases y conferencias para difundir su conocimiento en el Ateneo Militar, procurando además como bibliotecario que dicha institución dispusiera de un buen fondo de libros de dicha materia. En su obra *Academias de guerra* (Madrid, 1881) manifestó:

“Una clase de historia militar, bien dirigida, tiene tanta importancia como atractivo, y ayuda de un modo poderosos al desarrollo de las facultades intelectuales.”

Dos años después, publicó *Bocetos militares* (Madrid, 1883), su último libro.

Además de las obras reseñadas, Cotarelo publicó un número ingente de artículos sobre la profesión castrense y temas de actualidad en *El Correo Militar*. Pero su labor de divulgación como traductor de obras francesas y alemanas quizás sea su mayor mérito. Sobre todo, dos obras colosales: *Historia de la campaña de 1815. Ligny. Waterloo*, de Vaulabelle, en 1869; y *Sistema del ataque de la infantería prusiana durante la última guerra*, del duque Guillermo de Wurtemberg, en el año 1874.

Francisco Villamartín

Don Francisco Villamartín fue otro de los fundadores del Ateneo Militar, pues también estuvo en las primeras discusiones que mantuvo el grupo inicial y en la primera reunión que acordó la Comisión que elaboraría el primer reglamento y los estatutos; pero aunque resultó elegido para formar parte de ella, se excusó por sus numerosas ocupaciones. Pese a todo, continuó asistiendo a las posteriores reuniones fundacionales.

Su participación en la fundación del Ateneo Militar resultó decisiva por su enorme prestigio. Para los militares intelectuales españoles, Villamartín no sólo era el mejor tratadista militar español, sino que estaba a la altura de los mejores pensadores militares extranjeros, siendo con todo merecimiento su obra *Nociones del arte militar* (Madrid, 1862) muy comentada y con grandes elogios en todos los ambientes cultos

del Ejército. Otras obras suyas fueron: *Napoleón III y la Academia de las Ciencias* (Madrid, 1864) e *Historia de la Orden Militar de San Fernando* (Madrid, 1865).

Pero lo cierto es que Villamartín, muy decepcionado de la profesión castrense, por la que tanto había luchado y tanto sinsabor le había ocasionado, no llegaría a colaborar con el Ateneo Militar porque falleció un año después de su fundación.

No vamos a tratar aquí con detalle su vida y su obra, que son bien conocidas, tan sólo veremos someramente su relación con el Ateneo Militar por su ascendencia sobre los protagonistas de su fundación.

La trayectoria profesional de Villamartín como militar vino marcada por su destino de ayudante del general don Manuel Pavía y Lacy, marqués de Novaliches. Pese a sus ideas avanzadas, se distinguió combatiendo junto a su general y las tropas gubernamentales en la pequeña batalla de Alcolea (1868). Aunque Novaliches le ascendió en el mismo campo de batalla, al vencer el general Serrano no reconoció por tanto su ascenso y quedó de reemplazo con el empleo de comandante. Luego, sin destino, con media paga, muy endeudado por la mala venta de sus obras y la escasa ayuda que le brindó el Gobierno, su profundo resentimiento agravado por la pérdida de su única hija le hizo abandonar su relativismo político para pasarse al republicanismo en sus artículos del diario *La Discusión* (1870) y malvivió hasta su muerte (16 de julio de 1872) ⁽⁵²⁾.

A través del pensamiento y la obra de Villamartín podemos comprobar cómo le dio rango de ciencia a sus estudios militares, al realizarlos con una visión que estaba más allá del ámbito castrense. En *Nociones del arte militar* (su principal obra), aclara que su objetivo fue hacer un estudio de las relaciones del arte militar con la política y las ciencias; y explica que no puede analizarse una guerra como si se tratara de un hecho fortuito, sino de forma interdisciplinar y siendo concebida como el resultado de

⁵² Unos días después del fallecimiento de Villamartín, el Ateneo Militar le dedicó un emotivo homenaje y el joven teniente don Federico de Madariaga pronunció un emotivo panegírico. El Centro del Ejército y la Armada le homenajeó en 1888, con motivo del 40º aniversario de su muerte; y también en 1926 recibió en Madrid un gran homenaje, presidido por Alfonso XIII, que contó con la participación del Centro del Ejército y la Armada en la persona del ya entonces general don Federico de Madariaga.

numerosos factores como la educación, la política, la economía, las ciencias, etc. Precisamente, tal pensamiento interdisciplinar hizo que los fundadores del Ateneo Militar abrieran sus cátedras a los profesores universitarios y a los intelectuales civiles, para que unieran sus estudios, investigaciones y reflexiones a las de los militares, y se incorporaran los estudios militares a otras disciplinas. Esta concepción de la necesidad de estudiar el arte de la guerra y la defensa de forma interdisciplinar es algo análogo a lo que hizo don Luis Vidart al explicar ciencia militar en el Ateneo Científico y Literario de Madrid; como también es un claro antecedente del CESEDEN.

Villamartín dedicó *Nociones del arte militar* al general don Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, al que explica su pretensión de hacer:

“Un curso completo de arte militar, pero escrito para España, con la historia de nuestras guerras gloriosas en la mano, con la historia de nuestras guerras gloriosas en la mano, con la presencia de las cualidades físicas y morales de nuestro soldado, el carácter general de nuestra raza, la forma política y las necesidades de nuestra sociedad.”

Algunas otras figuras señeras del Ateneo Militar

En la primavera del año 1871, el antes mencionado capitán don Nicolás Estévanez participó con sus amigos López Carrafa y Villamartín en las discusiones previas a la fundación del Ateneo Militar; aunque sin sospechar que dos años después sería ministro de la Guerra. De espíritu rebelde y muy duro en sus protestas contra la arbitrariedad crónica de la burocracia y el caciquismo, muchos años después será quien traerá desde París la bomba que el anarquista Mateo Morral lanzará el 31 de mayo de 1906 en la calle Mayor de Madrid a la comitiva regia nupcial.

El general don Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, fue uno de los socios fundadores del Ateneo Militar y el presidente de su I Junta Directiva. Su elección se debió a que se creyó que dicho cargo tendría que corresponder al mejor tratadista militar del momento, que eran Villamartín y él; pero Concha le aventajaba en prestigio y debió asimismo pesar su mayor experiencia en la gestión de una institución cultural militar, al haber presidido antes el Casino de Barcelona como vimos. Prueba de su amor profundo al Ateneo Militar fue su donación de 1.000

reales y un porcentaje de dos de sus obras: *Táctica de Caballería* y *Táctica de División*. Pese a ser uno de los mayores defensores de las Instituciones liberales, en 1874 colaboró con don Antonio Cánovas del Castillo en la Restauración; y tal circunstancia fue recordada aquel mismo año por el general Serrano, al disponer los honores de su muerte.

El almirante don Juan Bautista Topete y Carballo, uno de los mejores marinos de su época, se había distinguido en la guerra de España contra Chile y Perú, participando en los bombardeos de Valparaíso y El Callao (1866) a las órdenes del almirante don Casto Méndez Núñez. Hombre de *La Gloriosa* (1868) ⁽⁵³⁾, fue nombrado vicepresidente del Ateneo Militar en un claro intento de atraer a los marinos a la institución, ya que éstos, debido a su escaso número en Madrid, siempre recelaban a integrarse con los militares de Tierra por su fundado temor a perder su identidad propia. Aunque en el Ateneo siempre hubo pocos marinos, Topete no fue el único que hubo en la Junta Directiva del Ateneo Militar, ya que entre otros marinos ilustres estuvo el intendente don Ignacio Negrín y también el entonces capitán de fragata don Cesáreo Fernández Duro, uno de los tratadistas más prolíferos e importantes de nuestra Armada.

Otro ateneísta ilustre fue el coronel de Infantería don Antonio Vallecillo y Luján, quien estuvo al frente de la mesa de edad que presidió todas las sesiones preparatorias para la fundación del Ateneo Militar. Hombre culto y de un enorme prestigio en el ámbito castrense, fue el autor de su monumental obra titulada *Legislación militar de España antigua y moderna* ⁽⁵⁴⁾; por lo que no es de extrañar que su apoyo a la institución estuviera en el campo legislativo militar.

El Ateneo Militar contó también con la valiosa colaboración de la prensa militar y, sobre todo, *El Correo Militar* con su director don Miguel A. Espina, miembros de su

⁵³ Topete luchó después contra los carlistas en la guerra civil. Fue Ministro de Marina y ascendió a Vicealmirante en 1881.

⁵⁴ *Legislación militar de España antigua y moderna* es una ingente recopilación legislativa que se remonta a *Las Siete Partidas* de Alfonso X el Sabio. Le fue encargada en 1853 por el general Lara, ministro de la Guerra, para llenar el vacío producido por el incendio de 1846 en el Archivo del Ministerio.

redacción y colaboradores como López Carrafa, Cotarelo y Pardo, entre otros; y tuvo a don Emilio Prieto, director de *El Memorial de Caballería*.

El capitán don Miguel A. Espina, siempre preocupado por la formación técnica del Ejército, promovió desde su periódico la edición de obras militares (españolas y extranjeras) y una recopilación legislativa militar en fascículos; y también publicó numerosos artículos de temas castrenses. Tenemos que destacar que el capitán Espina propuso en el Ateneo Militar la idea regeneracionista de que el Ejército contribuyera a la educación nacional, de forma que todo soldado instruyera a su propia familia, con el fin de que la instrucción parta del Pueblo hacia la Milicia y luego vuelva de ésta al Pueblo. Y tampoco podemos olvidar que su periódico fue precisamente el que tuvo el honor de publicar el manifiesto firmado por López Carrafa, para el proyecto de la fundación del Ateneo Militar (⁵⁵).

Don Emilio Prieto, teniente de Caballería y periodista, fue ilustre miembro de la primera Junta Directiva del Ateneo Militar (⁵⁶). En el año 1869 envió una instancia al general Serrano solicitándole su ascenso a capitán, en recompensa por sus servicios prestados a la revolución, adjuntando además el aval de los generales don Juan Contreras y don José Laguno; pero Serrano denegó por escrito su petición aduciendo que:

“Sus servicios a la revolución no han pasado de deseos.”

⁵⁵ El capitán Espina marchó al Ejército de Filipinas en 1884 y en el Casino de Manila puso en práctica sus experiencias del Ateneo Militar. Allí publicó varios libros y el principal de ellos fue *La civilización y la espada* (Manila, 1886). El capitán don Melchor Pardo, que asimismo fue miembro de la primera Junta Directiva del Ateneo Militar, le relevó en la dirección de *El Correo Militar* desde 1874 hasta 1892.

⁵⁶ Partidario del periodismo profesional, a lo largo de su vida fundó tres diarios: *Memoria de Caballería*, *La Correspondencia Militar* y *El Ideal*, los dos primeros militares y el último civil de tendencia liberal. De ellos tres, *La Correspondencia Militar* fue el más influyente durante más de treinta años y estuvo en todas las salas de banderas de los regimientos. Dichas salas eran las dependencias donde solían reunirse los jefes y oficiales cuando estaban libres de servicio.

Aun siendo de ideas avanzadas, tal negativa le radicalizará aún más, por lo que participará en la insurrección del general don Manuel Villacampa del Castillo (la última del siglo, 19 de septiembre de 1886), y marchará luego con Ruiz Zorrilla al exilio.

Objetivos del Ateneo Militar

Los miembros del Ateneo Militar se marcaron tres objetivos principales que a su vez estaban interrelacionados:

1. Promover la instrucción de los socios y de todos cuantos accedieran a los medios de comunicación del Ateneo Militar.
2. Procurar la unión fraternal de los miembros de la Milicia, excepto las clases (suboficiales y tropa), intentando evitar que existieran diferencias entre Ejércitos, Armas y Cuerpos, o las de tipo personal.
3. Neutralizar la politización de los militares.

Si Giner de los Ríos pretendía que el Ateneo Científico y Literario de Madrid fuera lo que llamaba “la gran universidad libre de España”, era por los males que aquejaban entonces la Universidad estatal y algo análogo debieron pensar los socios fundadores del Ateneo Militar respecto a la situación en que se hallaba el Ejército. Por ello no debe extrañarnos que don Luis Vidart, en el primer número de la *Revista del Ateneo Militar*, insistiera en que el Ateneo Militar tenía que seguir el modelo del Ateneo de Madrid (⁵⁷); y también insistió en numerosas ocasiones que el Ateneo Militar tenía que ser un foro de discusión e intercambio de ideas, más que un “centro docente” en el sentido riguroso de la palabra.

Pero además, conviene también destacar que Vidart y todos sus compañeros ateneístas se impusieron la obligación regeneracionista de promover la instrucción del Ejército en un doble objetivo: la adaptación a las nuevas normas de la guerra moderna que Prusia había impuesto en toda Europa; y la búsqueda de una mayor integración social del militar.

⁵⁷ *Revista del Ateneo Militar*. 1872, T. I.

Como podemos comprobar, nuestro actual CESEDEN y el Ateneo de Madrid guardan muchas similitudes y analogías. Sin duda, nuestro CESEDEN constituye también un verdadero foro de encuentro y abierto a militares y civiles, en el que militares, profesionales, profesores universitarios y estudiantes de muy distinta procedencia, formación y condición, pueden expresarse, colaborar, estudiar, trabajar en equipos de forma interdisciplinar y compartir conocimientos y experiencias. Todo ello es muy importante, como también el que el Ateneo de Madrid tuviera un carácter estrictamente apolítico, ya que todo ello nos permite establecer que fue un claro antecedente del CESEDEN.

Formación profesional

En el discurso inaugural del Ateneo Militar, el general Manuel Gutiérrez de la Concha, propuso una teoría de la instrucción del militar basada en estos cuatro puntos:

1. La guerra franco-prusiana había demostrado sobradamente que la amplitud de los frentes plantea en todo momento serios problemas de comunicación con el mando superior; y también, que la toma de decisiones acertadas por iniciativa propia resulta de una relevancia enorme, justo cuando se producen cambios rápidos en los combates.
2. Para la toma de decisiones, los jefes y los oficiales deben poseer conocimientos suficientes de topografía, algo hasta entonces exclusivo del Cuerpo de Estado Mayor al encargarse del levantamiento de planos ⁽⁵⁸⁾.
3. El estudio en los militares de todos los campos de conocimiento (incluido el de la historia militar) siempre levanta la moral, concreta la idea del deber y conduce a la más absoluta abnegación.

⁵⁸ Según el mariscal Bugeaud, Francia había perdido muchas batallas por el desconocimiento del terreno.

4. Todas las clases sociales (el científico, el industrial, el comerciante, el jornalero, etc.) tienen que estar integradas en el Ejército, sin distinción alguna. Todas ellas deben permanecer estrechamente unidas en el honor de servir a la Patria.

En definitiva, el marqués del Duero abogaba por una oficialidad muy instruida y capaz de demostrar su superioridad moral; y también por la completa desaparición del llamado “ejército aristocrático”, caracterizado por la diferencia abismal existente entre los mandos y la tropa (⁵⁹).

El carácter apolítico del Ateneo Militar no pudo evitar la polémica sobre la revisión de las hojas de servicio y sus efectos en el mismo

En cuanto al logro de una mayor integración social del militar, se quiso que el Ejército y el Pueblo estuvieran completamente identificados con intereses comunes. Para los iniciadores del Ateneo Militar la instrucción sería un elemento de integración social y, por tanto, un claro precedente de lo que hoy conocemos como *Cultura de Defensa*. Precisamente, la aplicación de los métodos científicos al arte de la guerra, aliando las Armas con las Ciencias, constituía una forma eficaz de integración social como se había hecho con éxito en Alemania.

El ilustre general don Federico de Madariaga, siendo entonces un joven teniente, resultó elegido para pronunciar el discurso conmemorativo del primer aniversario del Ateneo de Madrid ante Amadeo I de Saboya. En aquella memorable noche del 23 de abril de 1872, defendió que resultaba necesario el reconocimiento público de la ciencia militar, para así poder demostrar, entre otras cosas, la necesidad de que existieran ejércitos permanentes frente a quienes querían sustituirlos por milicias provinciales.

Baste recordar que en aquella época se habían producido movimientos anarquistas en Europa y existía la polémica general sobre la necesidad de que hubiera o no

⁵⁹ En lo que respecta a la función educadora del Ejército, Manso de Zúñiga publicó años antes su famoso artículo “Educación intelectual que debe darse al Ejército” (1860), en el que propuso crear una escuela permanente de instrucción y civilización para dar clases a quienes tienen menos recursos económicos.

ejércitos, tal como si el pacifismo fuera incompatible con la Defensa Nacional. Tal planteamiento, que se repetiría en el siglo XX en los países occidentales durante la época de la guerra fría, hizo que los ateneístas militares creyeran necesaria la presencia de intelectuales civiles que colaboraran en las actividades de las cátedras del Ateneo Militar. Pero si bien sólo fueron muy pocos los que colaboraron, esta feliz iniciativa tendrá un gran éxito nueve años después en el Centro del Ejército y de la Armada, su sucesor. Se trataba de un problema de información y especialmente de comunicación en las relaciones Ejército-sociedad civil que había que superar, como supo explicarlo en 1872 don Manuel Becerra, ilustre ateneísta militar, en su artículo “Organización de la fuerza armada, en sus relaciones con la civilización”⁽⁶⁰⁾.

Pero si el Ateneo Militar como Institución perseguía la interrelación entre el Ejército y la Sociedad Civil, otro de sus objetivos consistía en contribuir a la superación de la división existente entre los militares por dos problemas:

1. La politización existe entre los propios militares.
2. El favoritismo y la injusticia en la concesión de recompensas y ascensos.

El Ateneo Militar nació en unos momentos muy críticos para el Ejército debido a su creciente división interna. Por una parte se debía a que los programas de los distintos políticos suscitaban simpatías y rechazos por parte de los militares; y por otra parte, esta división también la generaban las diferencias que había entre las Armas Generales y Cuerpos Facultativos. Desde los tiempos de la guerra de la Independencia, la politización existente en el Ejército ya era un mal endémico y muy generalizado; al punto de que el general Fernández de Córdova, ministro de la Guerra, se vio obligado a ordenar la separación del servicio a todos los militares que se habían negado a reconocer la Constitución y la dinastía que había sido votada por las Cortes Constituyentes.

Sin embargo, en los años 1871 y 1872 lo que más preocupaba y dividía a los militares era la concesión de recompensas y ascensos injustificados, como forma de pago de lealtades y favores. La situación era tan escandalosa que el 13 de julio de

⁶⁰ *Revista del Ateneo*. T. I, 1982.

1871, el general Contreras interpeló al general Serrano, presidente del Consejo de Ministros, para que justificase los 129 ascensos concedidos desde el mes de noviembre del año anterior hasta entonces. A lo que el duque de la Torre replicó que el estado turbulento que se había vivido, provocado por las continuas revoluciones, no había permitido la concesión de recompensas y ascensos de forma justa e imparcial para todos.

Aquel malestar generó un movimiento de militares empeñados en la necesaria y urgente revisión de las hojas de servicios; y además, el influyente diario *El Correo Militar* abrió una consulta sobre tan espinoso asunto y recibió unas 7.000 firmas de jefes y oficiales que solicitaron tal revisión.

Aunque el Ateneo Militar como institución tenía un carácter apolítico, el problema suscitado por la concesión de recompensas y ascensos, que tanto dividía a los militares, tuvo por fuerza que ser tratado. Así, don Luis Vidart, en su discurso con motivo de la celebración del segundo aniversario de su fundación, manifestó de forma acusatoria:

“Los ascensos en la milicia española sólo se consiguen en las antecámaras donde se adula a los poderes llamados conservadores, o en los clubs donde se adula igualmente a los poderes llamados revolucionarios, de todos modos por medios injustos y bajamente indecorosos.”

La formidable polémica que suscitó en el seno del Ateneo Militar la revisión de las hojas de servicio tuvo efectos muy negativos para la institución, ya que dicho incidente dividió a sus socios y originó fuertes ataques de la prensa civil.

La Junta de Gobierno del Ateneo Militar, presidida por el general Serrano, se vio forzada a intervenir mediante la programación de conferencias que recogieran los criterios de los socios. Así, el capitán don Eduardo López Carrafa defendió con ardor la necesaria revisión de las hojas de servicio el 29 de agosto de 1872, lo que provocó que numerosas voces se alzaran contra el Ateneo Militar acusándolo de ser un centro politizado, contrario a la unión de los militares y fomentador de la indisciplina castrense. Pero como era de esperar, López Carrafa fue duramente contestado el 5 de septiembre por el coronel de Caballería don Fernando de Sotomayor.

Finalmente, la Junta de Gobierno emitió un comunicado defendiendo el derecho de expresión de sus socios e hizo especial hincapié en que la opinión sobre la revisión de las hojas de servicio era un asunto personal de cada socio y no a nivel institucional. Pero tal comunicado no fue suficiente para poner término a una grave crisis que supondría el principio del fin del Ateneo Militar.

El desencadenante fue el 30 de agosto, al día siguiente de la conferencia de López Carrafa, por la carta que el general don Rafael Primo de Rivera envió al general Serrano, presidente del Ateneo, en la que solicitó su baja como socio por varios motivos: todo aquel asunto destruía la disciplina castrense; también dividía al Ejército; y no sólo desprestigiaba a los gobiernos habidos, sino también a todos los generales en jefe y comandantes de tropa que habían hecho propuestas de recompensas y ascensos por acciones de guerra; y había sido utilizado por la Prensa como arma de partido político, tomando parte el Ateneo Militar en la polémica y no quedando al margen.

El duque de la Torre respondió por carta al general aceptando su baja, aunque insistiendo en que la responsabilidad era sólo de los conferenciantes y no institucional. Y en cuanto a López Carrafa, al verse aludido, escribió una carta a Primo de Rivera contestándole lo que consideraba inexactitudes y la publicó en el diario *El Imparcial* (7 de septiembre de 1872).

Los miembros fundadores del Ateneo Militar siempre quisieron que dicha institución fuera apolítica y fomentaron la formación intelectual con el propósito de que los militares suavizaran sus ideas, no intervinieran en la política y que estuvieran centrados en lo profesional.

El artículo primero del Estatuto provisional del Ateneo Militar decía:

“El Ateneo es una sociedad científico-militar, cuyo objetivo único y exclusivo es la adquisición, aumento y propaganda de todos los conocimientos que se relacionan con la profesión de las armas: en su consecuencia, es ajeno a su instituto todo acto que tenga tendencia política o religiosa.”

Pero una vez aprobado este artículo, no se hizo referencia alguna a que el Ateneo Militar fuera o no ajeno a los asuntos políticos y religiosos.

Según don Pablo González-Pola de La Granja, que es el mejor conocedor del Ateneo Militar, el cambio realizado en dicho artículo primero del Estatuto debió ser uno de los temas más discutidos. Tuvo que serlo y él mismo nos dice que el general J. Guillén Buzaran, cartagenero de ideas políticas muy conservadoras y miembro de la Academia Sevillana de las Buenas Letras, publicó un artículo en la *Revista de España* titulado “El Ateneo del Ejército y de la Armada” (17 de septiembre de 1871) ⁽⁶¹⁾ en el que manifestó que el artículo primero del Reglamento provisional era impropio e impracticable, pues vedaba las discusiones políticas y religiosas en la institución, a no ser que se quisiera convertir el Ateneo Militar en una academia oficial y esencialmente didáctica.

En realidad, como lo explica muy bien González-Pola, Guillén Buzaran pretendía instrumentalizar políticamente el Ateneo Militar y por eso escogió el tema de las recompensas y ascensos precipitados e injustos. Como militar muy conservador, para él la revolución de *La Gloriosa* del 68 era la gran responsable de la desastrosa situación política en aquellos tres años que habían pasado, como asimismo de la desmoralización del Ejército. Por tanto, resultaba necesario para el Ejército el afrontar la situación y la revisión de las hojas de servicio, para así denunciar los abusos políticos, las corruptelas, el nepotismo y demás irregularidades e injusticias que se habían cometido y que tanto habían afectado al Ejército.

En definitiva, aunque el Ateneo Militar tuviera un carácter apolítico, según lo establecido en el artículo primero de su Estatuto, cualquier socio estaba en su derecho si trataba un tema o asunto militar para atacar o defender la situación política o al mismo gobierno de turno, responsabilizándose de forma personal. Pero esta libertad de expresión nada tenía que ver con la idea de convertir el Ateneo Militar en un movimiento de presión al gobierno de turno, tal como lo sí lo fue la Asociación Mutua del Ejército y la Armada.

Pese a su corta vida, desde 1871 hasta 1874, en el Ateneo Militar se hicieron grandes esfuerzos para que no cayera en el corporativismo reivindicativo. Por ello, en marzo de 1873, la Junta Directiva decidió potenciar la unidad de todos los

⁶¹ *Revista de España*. T. XXII, 1871, p. 544. El artículo está firmado con fecha de 17-09-1871.

militares y la defensa de la legalidad vigente, pasando a un segundo plano lo relativo a la instrucción. Pero tales directrices no deben de extrañarnos si tenemos porque la indisciplina era entonces el mayor problema del Ejército en todos los frentes de la guerra carlista.

Funcionamiento y medios del Ateneo Militar

El Ateneo Militar ofreció los siguientes servicios:

Conferencias periódicas

Las conferencias fueron concebidas como enseñanzas públicas y gratuitas; y los conferenciantes, que recibían el tratamiento de “profesores” del Ateneo Militar, eran todos de reconocida capacidad y aptitud. Además, ser profesor de esta institución proporcionaba un enorme prestigio como intelectual y científico, no sólo en el ámbito castrense, sino también en la sociedad civil.

Al principio se programaron tres conferencias semanales, aunque luego se creyó oportuno que fueran dos. Por otra parte, muchas de las lecciones que se impartían en las cátedras eran ciclos de varias conferencias que se impartían en días diferentes y con una temática muy variada. Por ejemplo:

- Sobre historia militar: *“Adelantos de la Artillería desde su origen hasta nuestros días”*, impartida por el capitán artillero Verdes Montenegro.
- Sobre problemas militares de actualidad: *“Las causas de la actual decadencia de la caballería española”*, a cargo del comandante Maturana; o *“Ideas sobre leyes de ascensos en el Ejército”*, del capitán de Infantería don Melchor Pardo.
- Sobre las relaciones Ejército-sociedad civil: *“Instrucción del pueblo y del Ejército”*, pronunciada por el comandante García del Canto.

Todas las conferencias tuvieron una gran difusión, ya que no sólo fueron publicadas en la *Revista del Ateneo Militar*, sino también como folletos o separatas en la imprenta de *El Correo Militar* y en revistas técnicas como: *El Memorial de Artillería*, *El Memorial de Ingenieros*, la *Revista Técnica de Caballería* o la *Revista de Marina*.

Clases preparatorias de ingreso en las distintas academias militares

Estas clases preparatorias para el examen de ingreso en las distintas academias militares se impartían a los hijos, hermanos y huérfanos de militares socios para formar a futuras generaciones de militares. No obstante, también se admitía a todos los sargentos, cabos y soldados interesados en la carrera superior, cuyos jefes certificaran que su conducta era intachable.

Dichas clases eran gratuitas y dadas por socios voluntarios, comprendiendo las siguientes asignaturas: Aritmética, Geometría, Física y Química, Historia Universal y de España e Idiomas (francés, inglés y alemán). Sus resultados no pudieron ser mejores ⁽⁶²⁾.

Concurso anual sobre temas propuestos

Sólo se convocó en 1873 con dos temas a elegir:

“¿Qué conocimientos deben de reunir al ascender a oficiales los de las diversas armas e institutos del Ejército?” y “¿Qué organización más conveniente debe darse a los estudios militares dentro del espíritu de la libertad de enseñanza?”

Tertulias

Cada una de las tres secciones del Ateneo Militar ⁽⁶³⁾ proponía un tema determinado de interés general para una tertulia que podía durar uno o varios días. A veces la tertulia servía para comentar la publicación de un pequeño ensayo sobre un tema de actualidad; por ejemplo: *Abolición de las quintas y organización del Ejército* (Madrid, 1869) de don José Guzmán.

Biblioteca y salas de lectura

⁶² En un examen de ingreso en la Academia de Infantería, los 11 alumnos presentados fueron aprobados; pero sólo 8 de ellos pudieron ocupar las 8 únicas plazas vacantes de cadete convocadas.

⁶³ Al igual que el Ateneo Científico y Literario de Madrid, el Ateneo Militar estaba organizada en tres secciones y todo socio debía de decidirse por una de ellas: 1ª Sección de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; 2ª Sección de Artes de guerra en sus distintos ramos y aplicaciones; y 3ª Sección de Literatura militar, idiomas y otros temas (como la Historia Militar).

De acuerdo con los Estatutos del Ateneo Militar ⁽⁶⁴⁾, cada socio admitido tenía que entregar una obra de valía y utilidad a la biblioteca o entregar 10 pesetas para su compra. Así se recaudaron 454 obras para la biblioteca, que unidas a las 67 donaciones de la Universidad Central de Madrid, las 14 de la Sociedad Económica Matritense, otras 14 del Depósito de Guerra y las 3 del Ateneo Científico y Literario de Madrid, crearon un fondo de 929 obras en total a finales del año 1871. La temática de casi la mitad de todo este fondo era militar; y en su mayoría, se trataban de libros técnicos seguidos por libros de Literatura, Historia Militar, Administración y Legislación Militar.

Por otra parte, las salas de lectura del Ateneo Militar disponían de una colección excelente de revistas y periódicos nacionales y extranjeros.

La mayoría de las revistas españolas de tema militar eran técnicas y no faltaba ninguna de dicha clase: *El Memorial de Artillería*, *El Memorial de Infantería*, *El Memorial de Caballería* y *El Memorial de Ingenieros*; el *Boletín Oficial de la Guardia Civil* y la *Guía del Carabnero*; etc. En cuanto a las revistas extranjeras, estaban las principales de Francia, Inglaterra Suiza, Portugal, Italia y Alemania ⁽⁶⁵⁾.

También hay que destacar que el Ateneo Militar, tratándose de un centro cultural militar apolítico, tuvo que suscribirse a los diarios de todas las ideologías para satisfacer a sus socios: liberales como *El Imparcial* y conservadores como *La Época*, carlistas como *La Esperanza* y alfonsinos como *El Tiempo*, constitucionales unionistas como *La Política* y constitucionales progresistas como *La Iberia*, republicanos federalistas como *La Igualdad*, o anticlericales como *El Universal*.

La Revista del Ateneo Militar

A finales de 1872, la *Revista del Ateneo Militar* contaba con 959 suscriptores: 229 de Madrid, 467 de provincias y 263 en Ultramar. Se publicó con carácter quincenal desde el 1 de marzo de 1872 hasta el 1 de enero de 1874, que fue cuando el

⁶⁴ *Ateneo del Ejército y la Armada, Estatutos y Reglamentos de esta Sociedad*. Madrid, 1972. Art. 12º, cap. III.

⁶⁵ *Spectateur Militaire*, *Revue Britannique*, *Revue Militaire Suisse*, *Revista Militar Portuguesa*, *Army Navy Gazette*, *Gazzetta Militaire* y *Allgemeine Militär Zeitung*.

Gobierno ordenó que fuera clausurada; y si bien al principio tan sólo publicaba conferencias, luego a mediados de 1873 pasó a publicar dos conferencias y artículos que trataban de los avances que estaban haciendo los ejércitos modernos. Precisamente es a mediados de 1873 cuando puede apreciarse la decadencia del Ateneo a través de la escasez de conferencias y de artículos de los socios, y sobre todo, por la inclusión de publicidad.

Una vez vistos los servicios que ofrecía el Ateneo Militar, también hay que destacar que dispuso de magníficas instalaciones formativas: gabinete de Física, de topografía y geodesia; laboratorio de química; gimnasio; sala de armas; escuela de equitación; y galería de tiro de pistola y carabina.

decadencia y fin del Ateneo Militar

La fundación del Ateneo fue un éxito en el verano de 1871, siendo su acogida fue excelente en las Armas Generales:

- Infantería: 27 regimientos de línea y 11 de cazadores; varios centros de Armas, como la Escuela de Tiro; y los Depósitos de Bandera de Barcelona y Cádiz.
- Caballería: todos los cuerpos de Coraceros, Carabineros, Lanceros, Húsares y Cazadores; y algunos centros como la Academia de Caballería y las Remontas de Granada y Córdoba, entre otros.

Sin embargo, llama la atención el que la respuesta fue muy inferior en los Cuerpos Facultativos:

- Artillería: sólo 2 regimientos: el tercero de a pie y el quinto montado.
- Ingenieros: un único regimiento: el segundo.
- Estado Mayor: ningún regimiento.

En cuanto a la Armada, la participación de los marinos fue muy discreta. Tal circunstancia puede explicarse por su pequeño número en relación con los militares de Infantería existentes en Madrid y cuya superioridad numérica era aplastante; lo cual, lógicamente despertaba el temor de los marinos a ser en cierto modo absorbidos o dominados en el Ateneo Militar por los militares socios de Infantería:

- Infantería de Marina: un solo regimiento.
- Los jefes y los oficiales de los departamentos de Cádiz y Cartagena.
- Los jefes y oficiales de la Escuela Naval Militar.
- Y hay que añadir varias comandancias de la Guardia Civil y de Carabineros (⁶⁶).

Tratándose de una Institución cultural militar que buscaba sobre todo la instrucción militar, pudiera parecer extraño que los Cuerpos Facultativos no participaran en el Ateneo Militar; es decir, que se abstuviera la parte más técnica del Ejército. ¿Fue porque dichos Cuerpos tenían un exceso celo por mantener sus propias peculiaridades? Quizás hubo algo de ello, pero no fue la causa primordial. En realidad no participaron debido a que desde antes de su fundación siempre hubo un gran temor a que esta Institución militar terminara arrastrada muy a su pesar a tomar parte en la política.

Por otra parte, puede comprobarse que desde abril de 1872 se produjo una fuerte baja de socios, que se incrementaría en otoño tras la dimisión del general don Rafael Primo de Rivera. Según el doctor Coll y Astrell, el Ateneo Militar tuvo aquella dimisión masiva de socios en abril de 1872 por el levantamiento carlista y ése fue el argumento empleado por la Junta Directiva cada vez que solicitaba con desesperación ayuda económica al Gobierno de turno para sobrevivir. Pero aunque la revuelta carlista tuvo cierta repercusión, el motivo esencial fue la mencionada polémica enorme que estalló por el espinoso asunto de la revisión de las hojas de servicios. Es decir, la politización del Ateneo Militar por parte de algunos socios fue lo que en definitiva provocó aquel importante número de bajas y por tanto de las cuotas; y todo ello, unido a la ayuda insuficiente por parte del Gobierno, acarrió la inevitable desaparición del Ateneo Militar hacia el 10 de agosto de 1874 por falta de medios económicos.

Dos años después, hacia 1876 y coincidiendo con el final de la tercera guerra carlista, hubo un gran interés por la preparación profesional del Ejército y de la Armada. Así lo asegurará el capitán francés De Serignan, autor de *L'Armée*

⁶⁶ *Revista del Ateneo Militar*. T. I, 1872, pp. 29 y 30.

Espagnole (París, 1883) ⁽⁶⁷⁾, quien viajó a España a principios de los años ochenta para estudiar nuestro Ejército, al asegurar que se trataba de un Ejército que trabajaba y de una oficialidad dispuesta a no quedarse rezagada con respecto a sus colegas europeos.

En aquella época, hacia el 1880, esta preocupación por la preparación intelectual y profesional de nuestras Fuerzas Armadas quedará muy bien reflejada en la fundación de clubes de oficiales, revistas militares y campañas a favor de la reforma del reclutamiento y de la instrucción militar.

Precisamente en junio de 1881 resurgió de nuevo la idea de fundar en Madrid un nuevo centro cultural castrense, entre las personalidades más relevantes del movimiento intelectual español, entre las que figuraban numerosos socios del antiguo Ateneo Militar: don Luis Vidart, don Francisco Barado, los hermanos don Juan y don Federico de Madariaga, el ilustre marino don Cesáreo Fernández Duro, el gran explorador y geógrafo don Emilio Bonelli, Muñiz y Terrones, don Jacinto Hermua, don Cándido Varona, don Eduardo Reylen y muchos otros. De dicha iniciativa nació el Centro del Ejército y la Armada, cuya primera Junta General se celebró el 26 de junio de 1881, pero en este caso el principal objetivo no fue la instrucción de los jefes y oficiales, porque la situación había cambiado; ya que el corporativismo castrense de entonces necesitaba articularse de una forma mucho más organizada y esta nueva institución quiso ir más allá que el Ateneo Militar, promoviendo la creación de círculos culturales militares por toda la geografía nacional, incluso en los lugares más apartados.

Por último, sólo destacar que hoy cobran actualidad muchos aspectos del Ateneo Militar y que, como vimos, nos trasladan a nuestro CESEDEN. Y es que el espíritu regeneracionista de aquel entrañable Ateneo Militar tenía muchos aspectos que se adelantaron a su época y hoy serían de una modernidad ejemplar. Nos referimos, muy especialmente al haber concebido al Estamento Militar y a la sociedad civil como elementos indisolubles en una unidad, entendiendo que la Patria es patrimonio de todos y la defensa es una obligación y un derecho que nos compete a todos. Es

⁶⁷ DE SERIGNAN: *L'Armée espagnole*. París, 1883, pp. 165-166.

decir, Ejército y Sociedad Civil son como las dos caras de una sola y única moneda. Pero para ello resultaba entonces indispensable el resolver un problema de información y sobre todo de comunicación en las relaciones entre ambas partes, lo cual se logrará con éxito nueve años después con el Centro del Ejército y de la Armada, sucesor del Ateneo Militar.

Queremos terminar con don Manuel Becerra, ilustre ateneísta militar, quien en 1872, en uno de sus lúcidos artículos “Organización de la fuerza armada. En sus relaciones con la civilización”, insistía en dicha idea y abogaba por el que se hiciera un esfuerzo por ambas partes:

“El Ejército y el país es preciso que se convenzan mutuamente, el primero, de que sin una patria rica, próspera, libre, inteligente, no hay Ejército, y la bandera que sostengan los militares, a pesar de su heroísmo, no llegará a la altura que le corresponde; y el segundo, que sin un Ejército que defienda la patria, sin un Ejército que sostenga su bandera, y que esté mandado por jefes inteligentes, ni la honra de la patria, ni la integridad del país, ni la seguridad individual, ni la libertad, ni la propiedad, ni nada estará jamás asegurado” (68).

⁶⁸ *Revista del Ateneo Militar*. T. I, 1872, p. 294.